

# 10S 2:38 HECHOS 2:38 HEC

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el

don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

Este pasaje resume en un solo versículo exactamente los pasos

que debe seguir el pecador para reconciliarse con Dios.

Los siguientes artículos contienen una explicación de esto.

## “ARREPENTIOS”

Las naciones del mundo occidental son religiosas... o al menos eso dicen las estadísticas. Muchos profesan gran interés en el cristianismo mientras para otros la religión es algo “de buen tono”. Ahora, con los nuevos movimientos religiosos, los jóvenes están demostrando renovado interés por el cristianismo.

Sin embargo, nuestras sociedades “cristianas” están produciendo frutos muy dudosos.

¿Por qué, a pesar del creciente interés en materia de religión, nuestra sociedad se hace cada vez menos cumplidora de la ley? ¿Por qué se respeta cada día menos al prójimo? ¿Por qué nuestras creencias religiosas no producen buenos frutos?

La respuesta, en parte, apareció hace algunos años en el diario *Times* de Los Angeles: “La gente se siente cada vez más desilusionada de las iglesias, de tantas denominaciones contrarias y confusas. *La religión no parece guardar relación alguna con la vida real.* Muchos están desilusionados porque no ven diferencia alguna entre el que asiste y el que no asiste a misa; entre el creyente y el no creyente” (el énfasis es nuestro en todo el artículo).

El hombre quiere tener religión pero a su manera. No está dispuesto a cambiar su manera de vivir, pero tampoco quiere cargar con las consecuencias de su comportamiento actual. Como resultado, millones de personas van a

las iglesias cada semana y dedican su tiempo a obras sociales con la vana esperanza de que Dios acepte sus “buenas obras” a cambio de la obediencia a El; de esta manera no se sienten obligadas a efectuar un verdadero cambio en sus vidas.

Estas personas parecen seguir el viejo refrán que dice: “El que peca y reza empata”. Para ellas, ir a la iglesia es una manera de “compensar” por sus pecados y fallas. Es algo que pueden hacer sin necesidad de cambiar su manera de vivir. Constituye en sí un acto de penitencia y no de arrepentimiento.

El simple interés religioso no parece haber cambiado en nada nuestra manera de vivir. ¿De qué nos sirve pertenecer a una iglesia cualquiera si no hay diferencia entre los frutos o acciones de un creyente y de un agnóstico?

Jesucristo dijo: “Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:16). La Biblia dice que el verdadero cristiano será una luz para el mundo. Pero el cristianismo actual, muy a tono con los tiempos, parece estar sufriendo una “crisis de energía”: su luz es tan débil que apenas puede percibirse.

La mayor parte de la población occidental pertenece a alguna iglesia cristiana, y una gran proporción asiste a servicios religiosos. Pero al mismo tiempo, el crimen y la corrupción están aumentando a pasos agigantados. He aquí los frutos de nuestra sociedad cristiana. ¿Increíble y doloroso? Los hechos saltan a la vista.

Las creencias religiosas de hoy no tienen raíces profundas, ni afectan el modo de vivir de la mayoría. ¿Por qué?

¿Cuál es la respuesta? ¿Qué tiene que ver la religión con nuestro modo de vivir? Para la mayoría, tiene que ver muy poco.

Un reciente artículo de *El Tiempo* (Bogotá, marzo de 1976) describía la situación del pecador en “un mundo en el cual el concepto de lo que es pecado se ha vuelto también demasiado elástico”, y agregaba: “Ni sexo, ni usura, ni peculados, ni enriquecimiento sin causa en los cargos públicos caben ahora en un examen de conciencia”.

El cristianismo está fuera de contacto con los problemas de nuestra sociedad moderna. El distanciamiento entre la profesión de fe y la actuación cotidiana es algo astronómico. En estos años de crecimiento y progreso de las naciones, hemos producido una generación de cristianos apáticos, con una cultura religiosa superficial aprendida de memoria. El interés religioso de hoy es apenas un ligero barniz; no es, ni con mucho, la luz que debería emanar de la vida del cristiano.

El problema está dentro del hombre mismo. Cristo dijo, refiriéndose a los dirigentes religiosos y a la sociedad de aquella época: “... Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas manda-

mientos de hombres" (Marcos 7:6-7).

La gente asiste a reuniones "cristianas" y habla de la unión ecuménica de las iglesias. Pero muy pocos *viven* de acuerdo con los mandatos de Cristo. La mayoría están dispuestos a honrarlo de labios pero no quieren obedecer sus enseñanzas.

El interés mundial por la religión frecuentemente no es más que una fachada tras la cual se esconde la falta de honradez y moral personal. El problema básico es que las naciones, y con demasiada frecuencia también los individuos, carecen de verdadero arrepentimiento.

La llamada renovación de las iglesias en todo el mundo no refleja un verdadero arrepentimiento. Tampoco lo suscitan los evangelizadores que andan predicando por el mundo. Entonces, ¿dónde hay arrepentimiento? ¿Qué es el arrepentimiento verdadero?

Según la definición del diccionario, arrepentirse es "pesarle a uno el haber hecho o dejado de hacer una cosa. Retractarse, retraerse, volverse atrás, mudar de intento" (*Diccionario Enciclopédico Salvat*).

¡La definición bíblica significa todo esto y mucho más!

El arrepentimiento, para Dios, significa dejar de pecar, cambiar nuestra manera de vivir. No siempre es fácil decir "lo siento; perdóname", y más difícil aún es decirlo con profunda convicción. El verdadero arrepentimiento tiene que surgir del corazón.

Refiriéndose a Efraín (la Gran Bretaña de hoy), Dios dice: "Y no clamaron a mí *con su corazón* cuando gritaban sobre sus camas... se rebelaron contra mí. Y aunque yo los enseñé y fortalecí sus brazos, contra mí pensaron mal. Volvieron, *pero no al Altísimo...*" (Oseas 7:14-16).

La Biblia dice que los hombres han volteado hacia Dios *exteriormente* pero no interiormente con

el corazón. El arrepentimiento de Efraín y del resto del mundo es mundano, superficial y carente de sinceridad.

¿De qué debemos arrepentirnos? ¿Qué es lo que nos debe pesar? La respuesta varía según la religión o sociedad a que pertenezcamos. Pero la verdadera respuesta, la de Dios, es una:

El nos manda arrepentirnos del *pecado* (Lucas 24:47).

¿Qué es pecado?

"Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley" (1 Juan 3:4).

Pecar es quebrantar la ley de Dios, ¡no las costumbres de los hombres!

Cada vez que violamos cualquiera de los mandamientos santos y justos de Dios, cometemos pecado y debemos arrepentirnos. Nadie está excluido. Jamás ha existido nadie que no haya violado la ley de Dios (Romanos 3:10, 23). Por lo tanto, cada uno de nosotros debe arrepentirse sinceramente, amargamente, de todo corazón. Debemos buscar el perdón divino. Debemos comenzar a obedecerle y guardar sus mandamientos — todos ellos — fervorosamente, pues "El que dice: Yo le conozco [yo soy cristiano], y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él" (1 Juan 2:4).

Nosotros mismos no podemos suscitar un sentimiento de aborrecimiento por nuestros pecados y miserias. Ello tiene que *venir de Dios*, pues el arrepentimiento es un don divino.

"¿O menospreciáis las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que *su benignidad te guía al arrepentimiento?*" (Romanos 2:4).

2 Timoteo 2:25 nos dice: "... por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad".

Dios nos ayuda a ver nuestra propia vileza y nuestros defectos,

abriendo nuestras mentes y guiándonos hacia el arrepentimiento.

Hay ciertas cosas, sin embargo, que debemos hacer cuando deseemos arrepentirnos realmente y servir a Dios. Son pasos sencillos, y quien esté dispuesto a seguirlos encontrará al Dios verdadero y el profundo arrepentimiento que El exige de nosotros.

La Biblia habla de muchos hombres que estarán en el Reino de Dios. Hombres como Daniel, David y otros profetas a quienes ha sido prometida la salvación y un lugar dentro del Reino de Dios. Ellos descubrieron la manera de llegar a Dios, y su ejemplo nos puede ayudar a nosotros hoy.

Todos estos hombres tenían algo esencial en común. En cuanto comprendieron que Dios estaba disgustado con ellos o con sus naciones, se dieron a la tarea de corregirse. Ahora bien, ¿cómo podemos saber si nuestro Padre en el cielo está disgustado con nosotros? ¿Cómo sabemos cuándo está disgustado cualquier padre que ama a sus hijos y desea su bien?

"Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo" (Proverbios 19:18).

Nuestro Padre celestial muchas veces nos lleva al arrepentimiento por medio del castigo. Puede permitir que surjan en nuestras vidas problemas familiares, económicos, enfermedades u otras situaciones que nos obliguen a reconocer que necesitamos su ayuda. Estas mismas cosas suceden a muchos, pero pocos son los que las ven desde esta perspectiva.

Estas tribulaciones son prueba del amor del Padre por cada uno de nosotros. Nótese Hebreos 12:6-8: "Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?"

En vez de luchar contra tales problemas confiados en nuestras

propias fuerzas, debemos aprender la lección que Dios nos quiere enseñar. Debemos comenzar a *buscarlo*, pues El no necesita de nosotros sino nosotros de El.

Daniel registró su propia reacción en un caso semejante, la cual sirve para nuestra instrucción hoy: "Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza" (Daniel 9:3).

También tenemos el ejemplo de Nehemías, cuando vio a su nación afligida después de su regreso a la Tierra Santa; "Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos" (Nehemías 1:4). Este profeta buscó inmediatamente un acercamiento con Dios. No lo hizo a medias, sino que se impuso la tarea de encontrar a Dios y conocer su voluntad por medio de la oración y el ayuno. Estos hombres estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para obtener el perdón de Dios. Estaban dispuestos a suprimir la comida y el agua para demostrar su deseo sincero de conocer su camino.

Es difícil decir: "estoy en el error", pero es aun más difícil decirlo sinceramente. La súplica fervorosa por medio del ayuno y la oración es una muestra de nuestra seriedad profunda. Dios no quiere un arrepentimiento momentáneo producido por las palabras emocionantes de un predicador ni por la presión de otras personas. La salvación es algo muy personal entre usted y Dios, pero tiene que lograrse tal como El manda.

En los días de la antigua Israel, Dios le dijo al rey Salomón exactamente qué debía hacer si Dios se disgustaba con su nación. Lo mismo es aplicable a nosotros hoy y para siempre (Hebreos 13:8). El no cambia. Así pues, si estamos dispuestos a aplicar estos principios en nuestra vida diaria, El nos responderá tal como lo dijo a Salomón.

Leamos estos pasos que constituyen la fórmula para el arrepentimiento, en 2 Crónicas 7:12-14. "Y apareció el Eterno a Salomón de noche, y le dijo: Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio. Si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, y si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia a mi pueblo; si *se humillare* mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y *oraren*, y *buscaren mi rostro*, y *se convirtieren de sus malos caminos*; entonces yo oiré desde los cielos, y *perdonaré sus pecados*, y sanaré su tierra".

Los pasos se exponen aquí en forma clara y sencilla.

¿Qué significa humillarse? ¿Cómo hacerlo? Como lo hicieron Daniel y Nehemías. En el Salmo 35:13 David nos explica: "Pero yo, cuando ellos enfermaron, me vestí de cilicio; *afligí* [humillé] con ayuno mi alma, y mi oración se volvía a mi seno".

El ayuno es una muestra de nuestra sinceridad al buscar a Dios y da fuerza a nuestras oraciones.

Pero el ayuno y la oración no son los únicos requisitos necesarios para buscar a Dios. Los ejemplos de Daniel y Nehemías, como también de muchos otros profetas, nos enseñan que en todos los casos ellos han reconocido libremente sus pecados y sus fallas. Se requiere una sinceridad muy profunda para decir: "Exáminame, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Salmo 139:23-24).

Esta es la actitud que estaremos reflejando si buscamos a Dios y su camino. Reconoceremos libremente nuestros pecados y fallas, y le rogaremos constantemente que nos muestre el camino correcto. Jeremías exclamó: "Conozco, oh Eterno, que *el hombre no es señor de su camino*, ni del hombre que

camina es el ordenar sus pasos" (Jeremías 10:23-24).

Nosotros, como individuos, no sabemos vivir. Una vez que lo hemos reconocido así y que comenzamos a buscar a Dios para que El nos enseñe, estamos en el camino hacia el verdadero arrepentimiento.

Los pasos son sencillos. Pero no es fácil entregarnos totalmente, reconocer nuestros pecados y pedirle perdón a Dios.

Exteriormente, hay quienes cumplen varios de estos pasos pero fallan en el último, que es el más importante: convertirse de sus malos caminos.

¿Cuántos dicen estar arrepentidos, cuántos se llaman hoy cristianos pero siguen viviendo en la miseria de sus pecados! Por lo tanto, un paso de enorme importancia para lograr el verdadero arrepentimiento es *dejar de pecar*.

Con demasiada frecuencia, nuestro arrepentimiento no es más que el arrepentimiento del mundo, al que se refiere 2 Corintios 7:10. Lo que realmente necesitamos ver y comprender es el tipo de arrepentimiento que Dios espera de nosotros: "... convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos al Eterno vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo" (Joel 2:12-13).

No, Dios no quiere el arrepentimiento mundano. No basta llamarnos cristianos, darnos golpes de pecho y figurar como miembros de una iglesia. Lo que Dios quiere, y lo que debemos desear nosotros también, es que reconozcamos sinceramente nuestros pecados y le pidamos perdón. Que le digamos "lo siento" y que lo sintamos de verdad. Dios quiere que nos arrepintamos de haber violado su ley y que comencemos, ahora sí, a obedecerla.

— Leslie L. McCullough

## “BAUTICESE”

**N**UESTRO avión Boeing 747 volaba hacia Londres, cruzando los cielos a 950 kilómetros por hora. Esta nave, de fuerza increíble, tenía capacidad para transportar 340 pasajeros, más equipaje, para un total de 320.000 kilogramos. ¡Una verdadera hazaña de la aeronáutica moderna!

Se iba a servir el almuerzo. Mientras saboreaban un aperitivo, algunos pasajeros sonreían mirando a dos religiosas de edad avanzada que subían por el pasillo, ataviadas con su austero hábito negro. Realmente, se veían muy fuera de lugar en el sofisticado ambiente del *jet*.

Pero pensándolo bien, ¿cómo podemos *saber* si determinada costumbre o vestimenta está o no “fuera de lugar” en nuestra era moderna? ¿Cómo saber si constituyen apenas una prolongación de anticuados conceptos humanos o si realmente son lo que Dios desea ver en nosotros?

Muchos de nuestros lectores han comprobado por sí mismos que efectivamente existe un gran Dios, el cual lleva a cabo sus propósitos aquí en la Tierra. El apóstol Pablo observó: “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28).

Dios *debe* ser todo en nuestras vidas, la razón y la máxima *autoridad* para toda acción o decisión importante de nuestra parte.

Jesucristo dijo: “Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de *toda palabra de Dios*” (Lucas 4:4). También dijo, refiriéndose a la Biblia: “La Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35).

Así pues, el criterio de base para determinar la importancia y validez de *cualquier* cosa relacionada con Dios o la salvación es la Santa Biblia.

Para algunas personas, el bautismo de adultos en agua parecería algo anacrónico o absurdo, quizá porque se ve muy poco y sólo en sectas cuyas prácticas e ideas nos parecen “extrañas” o “foráneas”. Pero si hemos de ser francos, reconocemos que la gran mayoría sencillamente *ignora* lo que la Biblia dice al respecto.

¿Ignorancia?

Así es. La mayoría de las personas creen saber lo que la Biblia enseña pero lo que saben es sólo lo que han aprendido a través de terceros. Muy pocos se toman la molestia de estudiar la Palabra de Dios para ver qué es lo que realmente dice.

Tengamos el valor espiritual e intelectual de *estudiar* la Palabra de Dios y ponerla en práctica. “Pero sed hacedores de la palabra y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22).

¿Está usted dispuesto a obedecer esta escritura inspirada por Dios?

En Hechos 2:36-42 encontramos uno de los pasajes más directos e importantes relacionados con el bautismo. Aquel día de Pentecostés, ¡Pedro acusó a sus oyentes de haber asesinado al Mesías!

Muchos se compungieron de corazón, sintiéndose culpables y avergonzados, y preguntaron: “Varones hermanos, ¿qué *haremos*?”

¿Se ha hecho usted esa misma pregunta?

¿Qué debemos hacer cuando llegamos a reconocer nuestras rebeliones contra las leyes y propósitos del Creador? ¿Qué nos manda El mismo, como señal de que estamos dispuestos a entregarle nuestra vida y buscar su perdón y ayuda?

La respuesta, clara e inspirada, está en el siguiente mandato bíblico: “Arrepentíos y bautice

cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”.

En el artículo anterior hablamos del arrepentimiento. El siguiente paso es el bautismo. Eso es lo que Dios nos *manda hacer* específicamente. “Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas” (vers. 41). Ellas aprovecharon la oportunidad de ser *perdonadas* y de *reconciliarse* con su Dios.

Más tarde, vemos al evangelista Felipe predicando acerca del Reino de Dios y bautizando a muchos hombres y mujeres (Hechos 8:12). Y después el apóstol Pablo visitó a algunos creyentes en Efeso (Hechos 19:1-7) que habían sido bautizados con el bautismo de Juan (Hechos 18:25).

Sin embargo, el verdadero significado del bautismo, y el bautismo mismo, eran tan importantes que el apóstol Pablo los bautizó *nuevamente*, esta vez en el nombre de Jesucristo.

Jesús mismo nos dio un *ejemplo* para que lo imitáramos (1 Pedro 2:21). ¡Esta es la esencia del cristianismo! Imitar a Jesucristo, seguirlo y permitir que El viva su vida en nosotros por medio del Espíritu Santo (Gálatas 2:20).

Entonces, ¿Jesús fue bautizado?

Ciertamente. Léase el relato en Mateo 3:13-17. Aunque era libre de pecado y no tenía de qué arrepentirse, el Hijo de Dios recibió el bautismo de agua para cumplir “toda justicia” (ver. 15). ¡Lo hizo para que nosotros siguiéramos su ejemplo! Su bautismo no tenía ningún otro propósito.

Después de su resurrección, Jesús mandó a sus discípulos diciendo: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del

Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mateo 28:19).

En Marcos 16:15-16, Jesús mandó: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo, mas el que no creyere, será condenado."

He aquí las instrucciones explícitas de que el cristiano debe bautizarse.

Normalmente, el bautismo es una señal exterior por medio de la cual reconocemos nuestra entrega a Dios *antes* de recibir el Espíritu Santo. Pero existe al menos una excepción en el Nuevo Testamento (Hechos 10). Un hombre muy piadoso, de nombre Cornelio, había sido escogido por Dios para ser el primer gentil convertido al cristianismo. Mientras el apóstol Pedro predicaba el evangelio en casa de Cornelio, el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos, y aun así, Pedro "MANDÓ bautizarles en el nombre del Señor Jesús" (ver. 48).

¿Cuál es la *forma* correcta para el bautismo? Solamente existe una forma bíblica para el bautismo, aunque las diferentes religiones practican métodos diferentes. Si comprendemos el *significado* del bautismo, la forma correcta se verá claramente.

La palabra "bautizar" tiene su origen en la palabra griega "*baptizo*", que significa "sumergir" o "meter adentro". Hay otras palabras griegas específicas para "verter" (*cheo*) y "rociar" (*rantidzo*).

Así pues, la palabra "bautizar" no tiene nada que ver directamente con rociar o verter agua. Dijimos antes que el bautismo simboliza la sepultura del viejo ser. Cuando sepultamos a un muerto, no vertemos y rociamos

tierra sobre él sino que lo cubrimos totalmente debajo de la tierra.

Leamos Juan 3:23. Juan estaba bautizando "porque había allí *muchas aguas*". No habría necesitado "muchas aguas" si para bautizar se empleara el método de rociar o verter unas gotas.

Nuevamente, en Mateo 3:16: "Y Jesús, después que fue bautizado, *subió luego del agua*". ¡Estas palabras indican claramente que estuvo *dentro* del agua!

Cuando Felipe bautizó al eunuco etíope, "descendieron ambos al agua" (Hechos 8:38).

El apóstol Pablo escribió que existe "un Señor, una fe, un bautismo" (Efesios 4:5), y no muchas maneras diferentes de acercarse a Dios ni distintas maneras de bautizarse.

Hay quienes buscan rodeos y sacan toda suerte de argumentos para no reconocer los mandatos y ejemplos expuestos tan claramente en la Biblia. Mas para quien busca la *verdad*, el significado y la forma correcta para el bautismo están claramente expuestos en las Escrituras y en el *ejemplo* inspirado de Jesucristo, autor del verdadero cristianismo.

¿Cuál es el significado del bautismo? Ya dijimos que simboliza la *muerte* y sepultura de nuestro viejo ser. Romanos 6:3-6 dice que somos bautizados en la muerte de Cristo. "Porque somos *sepultados* juntamente con él para *muerte por el bautismo*, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos *plantados* juntamente con él *en la semejanza de su muerte*, así también lo seremos

en *la de su resurrección*" (vers. 4 y 5).

El bautismo simboliza, pues, la sepultura del antiguo ser en el agua, y su resurrección para andar en vida nueva en torno a Dios. El bautismo también simboliza la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo.

El bautismo requiere una *entrega* total. Es una demostración exterior ante Dios y sus servidores humanos, de que estamos dispuestos a *enterrar* nuestro viejo ser después de haber sentido un sincero arrepentimiento y de haber reconocido que somos merecedores de la muerte a causa de nuestros pecados. Demuestra que estamos dispuestos a salir de nuestra sepultura en el agua para andar en vida nueva, obedeciendo la ley de Dios y entregándonos voluntariamente a su dirección y voluntad en nuestras vidas. El bautismo también es la expresión de nuestra fe en Jesucristo como Salvador y nuestra aceptación de su muerte, sepultura y resurrección por nosotros.

"*Sepultados* con él en el *bautismo*, en el cual fuisteis también *resucitados* con él, mediante la fe en el poder de Dios, que le levantó de los muertos" (Colosenses 2:12). Así, el bautismo significa que nuestra naturaleza engañosa, vana, codiciosa y rebelde debe *morir*. Es una señal expresada exteriormente de nuestra entrega total e incondicional a Dios.

Es de vital importancia que estemos dispuestos a humillarnos y a *hacer* lo que manda Jesús: "El que creyere y fuere *bautizado*, será salvo" (Marcos 16:16).

Dios dé a usted la comprensión, la fe y la humildad para hacer lo que El ha mandado para su propio bien.

— Roderick C. Meredith

## "EN EL NOMBRE DE JESUCRISTO"

¿Es posible la salvación a través de cualquier "salvador" que no sea

Cristo Jesús? ¿Qué dice la Palabra de Dios? "Y en ningún otro hay

salvación; porque *no hay otro nombre* bajo el cielo, dado a los

hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

Pero, ¿cómo recibe uno la salvación a través del nombre de Jesucristo?

Primero, es necesario comprender la importancia que Dios da a un nombre — y al *significado* de un nombre.

Dios originó la práctica de dar nombre a las cosas. Cuando creó al primer nombre, El lo nombró "Adán" (en hebreo, "hombre"). Dios permitió a Adán nombrar a su esposa: "Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva [en hebreo, 'vida' o 'viviente']; por cuanto ella era madre de todos los vivientes" (Génesis 3:20).

Dios también nombró a los ángeles y dio un nombre a todas las estrellas (Salmos 147:4).

Pero, ¿cuál es el nombre más importante jamás llevado por cualquier humano o ángel? ¿El nombre que sobresale grandiosamente por encima de todo otro nombre es el de *Jesucristo* de Nazaret!

"... Dios también le exaltó [a Cristo] hasta lo sumo, y le dio *un nombre que es sobre todo nombre*, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que *Jesucristo es el Señor*" (Filipenses 2:9-11).

¿Acaso Cristo tiene un nombre superior al de los poderosos y gloriosos ángeles de Dios? "Dios... en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo... *hecho tanto superior a los ángeles*, cuanto heredó *más excelente nombre* que ellos" (Hebreos 1:1-4).

¿Cómo considera el Padre al nombre de su Hijo Jesucristo? El Padre no sólo levantó a Jesús de entre los muertos, sino que también lo sentó "a su diestra [simbolizando la posición preeminente de Cristo — al lado del Padre en au-

toridad sobre la totalidad del universo] en los lugares celestiales, *sobre* todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo [en griego, 'era' o 'época'] sino también en el venidero" (Efesios 1:20, 21).

A lo largo de las edades muchos hombres han recibido el nombre de "Jesús", pero sólo ha habido un "Jesucristo". El libro de los Hechos menciona "a cierto mago, falso profeta, judío, llamado Bargesús [que significa 'hijo de Jesús']" (Hechos 13:6). Y en Colosenses 4:11 Pablo afirmó que uno de sus colaboradores se llamaba "Jesús, llamado Justo".

Pero, ¿qué significa el nombre "Jesús"?

Esto es explicado en Mateo 1:20-21 por un ángel de Dios, quien súbitamente se apareció a José (antes del nacimiento de Jesús) y le dijo: "... José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre *Jesús*, porque El salvará a su pueblo de sus pecados" (Mateo 1:20-21).

Este niño, milagrosamente concebido, habría de ser llamado "Jesús" porque ese nombre significa "salvador". El habría de convertirse en el Salvador de toda la humanidad.

Este niño habría de ser el Hijo de Dios y también el Hijo del hombre — humano tanto como divino — teniendo una madre humana, pero a Dios como su Padre.

En seguida, consideremos lo que la palabra "Cristo" significa. La palabra *Christos* (Cristo) significa lo mismo que la palabra hebrea *Mesías*. Ambas significan "ungido" y se refieren al "Ungido de Dios".

Pero, ¿por qué Jesús habría de ser llamado también "Cristo" o "el Ungido"?

Si bien Jesús fue "engendrado del Espíritu Santo" desde el mo-

mento mismo de su concepción, su verdadera *unción* del Espíritu de Dios no tuvo lugar sino hasta después de su bautismo (véase Mateo 3:16, 17).

Poco después de su bautismo en agua y el descenso del Espíritu Santo sobre El, se fue a Nazaret y predicó en la sinagoga en el día de reposo. Dijo El: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto *me ha unguido* para dar buenas nuevas a los pobres..." (Lucas 4:18).

Los apóstoles reconocieron que "... se reunieron los reyes de la tierra y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo [en griego, 'ungido']. Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien unguiste... los gentiles y el pueblo de Israel" (Hechos 4:26, 27).

Posteriormente, en Hechos 10:38, el apóstol Pedro dijo a Cornelio y a todos los que estaban reunidos en su casa "cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret".

¿Cuál es el mandamiento de Dios para todos los seres humanos? "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros *en el nombre de Jesucristo* para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:38).

Pero precisamente antes de su ascenso al cielo, Jesucristo ordenó a sus apóstoles: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos *en* [en griego, 'eis'] *el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo*" (Mateo 28:19).

¿Existe, entonces, una contradicción entre Mateo 28:19 y Hechos 2:38 (que *solamente* menciona el bautizarse "*en* [del griego, 'en'] el nombre de Jesucristo")?

Los estudiosos han debatido por largo tiempo las diferencias en la redacción de estas dos escrituras. Algunos han señalado que las dos preposiciones (*eis* y *en*) frecuente-

mente se usan indistintamente en el griego común, si bien se les distingue en el griego clásico.

Sin embargo, la clave no está en el uso de dos preposiciones diferentes — puesto que las preposiciones son notorias por su extensa gama de significados y usos. Más bien, la clave está en las dos frases diferentes.

La expresión *eis to onoma* (la frase en Mateo 28:19) en el lenguaje contemporáneo se usaba en referencia a *pagar una cuenta*: “La frase *eis (to) onoma tinos* es frecuente en los papiros con referencia a los pagos hechos ‘a la cuenta de alguien’... La usanza es de interés en referencia a Mateo 28:19, donde el significado parecería ser ‘bautizados a la posesión del Padre, etc.’” (Moulton-Milligan, *The Vocabulary of the Greek New Testament*, [El vocabulario del Nuevo Testamento griego], pág. 451).

El muy respetable *Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento y de otra literatura cristiana primitiva) por Arndt, Gingrich y Bauer aclara aún más: “A través del bautismo *eis (to) on[oma] t[inos]* el que es bautizado se convierte en posesión de y cae bajo la protección de aquél cuyo nombre lleva” (véase artículo, “Onoma”).

En contraste con esto, el hacer algo *en to onomati* significa hacerlo *por la autoridad* de la persona nombrada. Sería semejante a un oficial público en Inglaterra que hiciera algo “en el nombre de la Reina”. Podría hacerse la comparación aun con el viejo adagio; “Alto en nombre de la ley”. Hacer algo en nombre de la Reina o en nombre de la ley es hacerlo con la autoridad de esa persona o institución.

Cuando los ministros de Dios bautizan *en el nombre* de Jesucristo, el candidato al bautismo no se bautiza dentro de una denomi-

nación diseñada por el hombre, sino dentro de la *familia* misma de Dios, adquiriendo el *nombre* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¿Cómo se convierte uno en miembro de la familia de Dios? Pocos de quienes se dicen cristianos comprenden que uno primeramente debe ser *engendrado* y en seguida *nacer* dentro de la familia de Dios.

En efecto, *por ahora* somos los hijos de Dios — si bien únicamente engendrados, aún sujetos a la posibilidad de un aborto espiritual.

“Amados, *ahora* somos hijos de Dios... pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

En el caso de un nacimiento físico, primero hay una concepción o engendramiento; después, un período de desarrollo de aproximadamente nueve meses; y, finalmente, el nacimiento. Así sucede también con el nacimiento *espiritual*.

Primero existe un engendramiento espiritual; después, un período de crecimiento y desarrollo espiritual dentro del “vientre” de la Iglesia, nutrido por el Espíritu de Dios; y, finalmente, el maravilloso resultado de hijos e hijas de Dios inmortales, glorificados y compuestos de espíritu al segundo advenimiento de Cristo.

Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, aceptando a Jesucristo como nuestro Salvador personal y siendo bautizados, nuestros pecados son completamente perdonados. Entonces recibimos el Espíritu Santo por la “imposición de manos”. Una vez que recibimos el Espíritu de Dios somos los *hijos de Dios* — miembros de su familia divina!

El apóstol Pablo habló de esta gran familia divina: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombra *toda fami-*

*lia* en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:14, 15).

Poco antes de su crucifixión, Jesucristo oró: “... Padre Santo, a los que me has dado, *guárdalos en tu nombre*, para que sean uno, así como nosotros” (Juan 17:11).

Y los apóstoles de Cristo hicieron precisamente eso. Mantuvieron a los creyentes unidos en el nombre de Dios — “*la Iglesia de Dios*”.

Es por ello que leemos de la “iglesia [singular] de Dios” en ocho lugares en el Nuevo Testamento (véase Hechos 20:28; 1 Co. 1:2; 10:32; 11:22; 15:9; 2 Co. 1:1; Gálatas 1:13; 1 Ti. 3:5).

Y las “iglesias [plural] de Dios” se mencionan en tres lugares (1 Co. 11:16; 1 Ts. 2:14; 2 Ts. 1:4). Las congregaciones del Nuevo Testamento son denominadas “iglesias de Cristo” una vez en Romanos 16:16.

¿Qué quiere decir la Biblia cuando nos ordena ser bautizados “en el nombre de Jesucristo”? Simplemente significa que el ministro deberá celebrar el bautismo en el nombre o *por la autoridad* de Jesucristo.

Se nos ordena: “No tomarás el nombre del Eterno tu Dios en vano...” (Exodo 20:7). Nuestra actitud hacia el nombre de Dios debe ser una de *reverencia* — “*Santificado* sea tu nombre” (Mateo 6:9).

Sin embargo, hay quienes toman, usan o se apropian el nombre de Jesucristo — sin estar *autorizados* para hacerlo. “Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo [o admitiendo que]: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán”, dijo Jesús (Mateo 24:5).

Es verdad que Jesús tuvo la intención de que sus verdaderos discípulos y sus ministros pudieran usar su nombre con toda libertad. Cristo prometió ciertas *señales* a aquellos que usaran su nombre en la forma debida: “Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios;

hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebiere cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (Marcos 16:17-18).

Cuando Jesús envió a los setenta discípulos, les dijo que sanaran a los enfermos, resucitaran a los muertos y echaran fuera demonios. “Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan *en tu nombre*” (Lucas 10:17).

En cierta ocasión durante su ministerio, Pablo era seguido e importunado por una mujer posesa: “... Mas desagradando a Pablo, éste se volvió y dijo al espíritu: Te mando de el nombre de Jesucristo que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora” (Hechos 16:18).

En otra ocasión siete hermanos judíos tuvieron que aprender por la mala que uno no debe usar el nombre “Jesucristo” a la ligera o como si se tratara de invocar una fórmula mágica.

Ellos habían visto a Pablo echar fuera demonios en el nombre de Cristo. Pero estos siete hermanos no se dieron cuenta de que Cristo no los había autorizado a ellos para usar su nombre.

“Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar *el nombre del Señor Jesús* sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuro por Jesús, al que predica Pablo... Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?

“Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos. Y esto fue notorio a todos los que habitaban en Efeso, así judíos como griegos y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús” (Hechos 19:13-17).

Los demonios sabían que tenían

que obedecer a Pablo cuando les daba una orden *en el nombre de Jesucristo*. Y también sabían que no tenían que obedecer a los siete exorcistas — ya que Cristo no los había autorizado para usar su nombre y echar fuera demonios.

En una ocasión de la que tengo experiencia directa, un ministro de Jesucristo ordenó a un demonio salir de un joven poseso. El demonio en tono desafiante dijo: “¡No saldré!” El ministro lo reprendió con firmeza: “Sí saldrás. En el nombre de Jesucristo te ordeno que salgas”. El demonio, usando la voz del joven, respondió sumisamente: “Está bien, *saldremos, Saldremos*”.

Los demonios, en efecto, obedecieron y el joven ha estado perfectamente sano desde entonces.

Hay un *poder* incalculable en el nombre de Jesucristo — cuando ese nombre se usa apropiadamente por alguien que ha sido autorizado para tal efecto.

Aun durante el ministerio de Jesús, un hombre estaba usando el nombre de Cristo para arrojar demonios. Los discípulos suponían que él *no* estaba autorizado para hacerlo, pero el contexto indica lo contrario.

“Juan le respondió diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía. Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es” (Marcos 9:38-40).

Pero el milagro más grande que ocurre en el nombre de Cristo es el milagro de recibir el perdón por los pecados a través de la fe en ese *nombre*. La muerte expiatoria de Cristo fue para toda la humanidad.

Pero ¿cómo es posible que nuestros pecados sean perdonados a través de la muerte de un hombre? Cristo no era un hombre común y

corriente. ¡Era tanto *hombre* como *Dios*! Puesto que el Padre “creó todas las cosas” por Jesucristo (Efesios 3:9), su vida era — y es — de mayor valor que *todas* las vidas humanas juntas. Por tanto, su muerte expiatoria o vicaria en la cruz es suficiente para pagar la pena de todos los pecados de todos los seres humanos a través de las edades.

Los samaritanos gentiles reconocían la necesidad de ser “bautizados *en el nombre de Jesús*” (Hechos 8:16). Y Cornelio y todos los de su casa escucharon a Pedro predicando acerca de esta notable persona llamada *Cristo*: “De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados *por su nombre*” (Hechos 10:43).

“Y mandó [Pedro] bautizarles *en el nombre del Señor Jesús...*” (versículo 48).

Los apóstoles conocían el poder que tienen los creyentes cuando usan el precioso “nombre de Jesucristo de Nazaret” (Hechos 3:6, 16; 4:7, 10, 12, 18, 30; 5:28, 40; 19:13). Fueron a todas partes predicando y bautizando en ese nombre. Y obtuvieron resultados.

Miles fueron convertidos (Hechos 2:41; 4:4; 5:14; 6:7; 16:5); sus vidas fueron transformadas; y se iniciaron en el camino de vida que conduce a una corona eterna en el Reino de Dios.

Fueron bautizados “en” el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo — convirtiéndose así en hijos e hijas de la familia de Dios, lo cual es el verdadero destino de todo ser humano.

Dios quiere que usted también se arrepienta de sus pecados, se bautice en el nombre de Jesucristo y reciba su Espíritu Santo. Entonces usted, también, estará progresando hacia un lugar permanente en la familia perfecta, dichosa y omnipotente que es la familia de Dios — ¡para toda la eternidad!

— Raymundo F. McNair  
(Continuará)